

# *Lauro Ayestarán*

1913 - 1966

por *Alberto Soriano*

Todos los sectores artísticos y culturales de nuestro país, fueron sacudidos en la noche del 22 de julio del año pasado, por la infausta noticia del súbito fallecimiento de Lauro Ayestarán. La primera reacción frente al hecho, dada la índole sorpresiva con que se nos presentaba, fue de incredulidad. Ayestarán había resistido siempre a todos los percances de una enfermedad traicionera, y ya últimamente se le veía animoso, dueño como nunca de una perspectiva de proyectos de investigación con los cuales tan profundamente se identificaba.

La dura evidencia era, sin embargo, irreversible, y su proyección en el seno de sus amigos, colegas, discípulos y admiradores, asumió de inmediato un cariz que abarcaba en todas las direcciones un sentimiento de hondo pesar. Y no podía ser de otra manera, pues en Lauro Ayestarán muchas eran las virtudes que se equilibraban en su personalidad de excepción, y mucho era lo que se le debía en cuanto a muy valiosos aportes para el desarrollo de la cultura patria. Se trataba de un caso excelso de actitud vocacional, donde las funciones del saber y del conocimiento se arraigaban en una relación dialógica con el acervo de su pueblo, dando como resultado una primacía por todos reconocida y fundamentalmente impuesta mediante un conjunto de obras de investigación musicológica, a justo título ubicadas entre las más importantes que se han elaborado en el Uruguay.

Pero a todo ello, lo que más íntimamente nos inducía a tanta conmoción frente al triste acontecimiento, se presentaba en términos similares a un quebranto, puesto que en realidad asistíamos en definitiva instancia, a una vida tronchada en la plena floración de una labor de muy alto nivel. Y ahí cabe virtualmente destacar, que a lo mucho que Ayestarán ya nos había prodigado, aún más, y tan orgánicamente afirmado, era lo que estaba por prodigarnos. Este hombre de ciencia se nos iba, precisamente cuando había alcanzado la más extraordinaria madurez en sus dones de investigador, o sea cuando ya cubría en amplitud y profundidad todo aquello que se reclama en la fidelidad del análisis, en la comprensión auténtica e integral de los más persistentes rasgos estructurales del acontecer popular, conservados en cánticos y formas ya ancestrales, y de cuya pura fuente solamente Ayestarán era el más clarividente conocedor.

Recién cumplida una edad que es de plenitud (Ayestarán nació el 9 de julio de 1913 y tenía por lo tanto sólo 53 años) bien podía esperarse, dado el entusiasmo con que llevaba el rigor metodológico de sus realizaciones, tantas otras obras claves que muy justo era que siempre aguardáramos de

quien poseía tan positivas y valiosas bases para darnos los testimonios más completos y depurados del legado musical de la comunidad.

Ya proverbial era su extraordinaria capacidad de trabajo, sin lo cual imposible hubiera sido acercarse siquiera a un volumen de recolecciones de campo que este hombre fuera ordenando en sucesivas etapas y que había logrado merced a un permanente esfuerzo, y a una dedicación largos años dinamizada a todo lo largo y ancho de nuestro país. Formó así un conjunto de cuatro mil piezas, a las cuales con un criterio normativo cristalino y de alto cuño, siempre rodeara de las más estrictas y valederas evidencias en los complejos culturales, a los cuales tales cantos, danzas o expresiones, respondían. Es así que su labor, trascendió lo meramente folklórico, para internarse en la sociología, y también en la difícil (aunque aparentemente sencilla) trama de la Antropología Cultural.

Se sabe, y de esto existía en consenso en todos nosotros afirmado, que el afán condicionante que en Ayestarán se definía para tal búsqueda, era el de la legitimidad. Y de ello pudo derivarse una real recuperación de un acervo que requería una firmeza de concepción, puesta de manifiesto con una fe inmutable en el proceso histórico de un pueblo capaz también (como tantos otros) de recrear lo asimilado e imprimirle mutaciones en los más sutiles componentes de la expresión.

Esta forma de conocimiento auténtico, tanto más difícil de forjar en países de rareada demografía, fue revelado por Ayestarán debido a que supo sobreañadir el hallazgo musical, a los convergentes cursos históricos que dieron lugar a la peculiar configuración de muchos de nuestros conglomerados humanos. Sus hipótesis de trabajo resultaban ser así las más justas, y en tales experiencias el dato folklórico actuaba como confirmación, unas veces, de la influencia migratoria, y tantas otras, de la interdependencia con factores étnicos más antiguos ya perdidos en los ámbitos de nuestra prehistoria.

De todo ello no debe inferirse que fuera ésta la única veta pesquizada por Ayestarán. Su labor de musicólogo es aún más vasta y en la actualidad completaba con destino a nuestra Facultad de Humanidades y Ciencias, un severo trabajo sobre el Cancionero Infantil del Uruguay. Ya ordenara metodológicamente, en líneas de secuencias comparativas con el Cancionero Universal de esta especie, cerca de doscientos cantos, tanto en lo que podríamos denominar "*expresiones de rondas*" como también aquellos otros que conocemos como "*canciones de cuna*". Notables son las yuxtaposiciones verdaderamente magistrales, con que nos demuestra mediante múltiples variantes, los ciclos de transformaciones experimentadas por estos sencillos cantos, y la ubicación formal a que cada uno de ellos resulta propenso.

Se trata en realidad de un trabajo de envergadura, que Ayestarán tenía ya muy adelantado, y en cuyo criterio de elaboración podemos nosotros percibir la efectiva fecundidad de un plan previamente dispuesto. El proceso de las variantes, que de región en región paso a paso ahí acompaña el investigador, llega a brindarnos para cada ejemplo, secuencias claramente di-

ferenciadas en los caracteres de conformación. El proceder resulta, de este modo, más radical y definido; pues no solamente partimos de los fenómenos, sino que de hecho permanecemos en ellos en todo momento. No es una mera apariencia lo que se certifica, ya que examinándose cuál es el caudal de herencia histórica de una manifestación musical determinada, y resiguiendo el curso del pasado hacia el presente, revelase con más nitidez las nuevas aportaciones y el modo como se componen con lo heredado. Lo que importa además es evitar que lleguemos a interpretar como inmutables o constitutivos a muchos rasgos que son situacionales o existenciales y responden a la manera particular propia de cada comunidad.

Se abocaba también el eminente musicólogo, a enfrentar otro difícil trabajo. Consistía el mismo en la continuación de un extenso estudio sobre el *Tango y sus proyecciones*. Este trabajo lo había dejado inconcluso Carlos Vega, su dilecto amigo, quien antes de su fallecimiento acaecido a comienzos del año pasado, solicitara a Ayestarán tal completación de esta obra de gran importancia.

Ahora mucho hemos de lamentar, en cuanto a estudio de esta forma tan popularizada —al punto de haber adquirido visos de institución en los países del Plata,— que estas dos figuras magnas de nuestra musicología —Vega y Ayestarán— no hubieran podido concluir las confrontaciones, y toda la articulación de su cambiante a la par que persistente estructura a través de las creaciones que se fueron diferenciando en la continuidad histórica de las últimas generaciones. La naturaleza del *Tango* mucho lo predispone, toda vez que nos disponemos a analizarlo, a las vicisitudes de tantas superficiales, y diríamos pintorescas interpretaciones, y una sólida barrera de contención hubiera resultado esta proyectada obra, donde la experiencia y el saber dilucidarán los reales límites de esta danza, por muchos transformada en culto de colectiva extensión.

Copias de valiosos archivos de la Música Colonial Sud Americana (Colombia, Perú y la Córdoba argentina) habían sido confiadas recientemente a Ayestarán, el cual ya había comenzado a trabajar en su concienzuda exégesis, también para el fondo musicológico de nuestra Facultad de Humanidades y Ciencias. Igualmente para dicha Casa de Estudios, esta personalidad desaparecida, había programado una serie de recolecciones folklóricas, que iniciaría en agosto del año pasado (un mes después de su muerte). Sería entonces acompañado por los estudiantes más adelantados de su curso, a quienes Ayestarán estaba capacitando sabiamente para tales tareas. No está demás señalar que con esta iniciativa, el musicólogo emprendía una nueva etapa en su labor de investigador, consustanciando dentro de rigurosas experiencias, una labor formativa de discípulos así elevados a la condición de futuros musicólogos, y a su vez también investigadores.

De esto se desprende que Ayestarán sentía también la responsabilidad de una misión igualmente legítima, afirmada en el estímulo de preferencias

vocacionales que pueden suscitarse con la proeminencia del ejemplo y que adquiere ya en otro sentido otro orden de operación creadora.

En tanto que en tal función que se adopta reflexiva y deliberadamente, los matices del estilo personal no pueden ser imitados, lo importante es que la misma pluralidad de las expresiones populares en conexión con tantas otras motivaciones del sentir de las comunidades, imponen una misma pluralidad de posibilidades de recolección y estudio, lo cual tan lejos siempre está de poderse abarcar en el tiempo de vida de un solo hombre. Como una virtud arcana que distingue a los grandes investigadores, la obsesión de dejar continuadores es coherente con todo lo que alcanza a percibir en la inmensidad de lo ignorado, aquel que pudo dedicar su existencia con propiedad a asirla y penetrarla. Y Ayestarán, respecto a esta alta conciencia de propensión y coparticipación, dedicaba muchos de sus esfuerzos para que muchos otros fueran también capaces de constituirse en conocedores de una realidad tantas veces esquivada para quienes difícil resulta objetivarla.

Otros de los trabajos que Ayestarán llevaba ya en un firme proceso de conclusión, viene representado por la pauta de los ritmos de nuestros tamborileros, tanto en lo que refiere a las tradicionales "Llamadas" del período carnavalesco, como también distintos aspectos inéditos, cuya publicación significaría un aporte considerable en cuanto a las estructuras internas de tales expresiones populares.

Es por todo ello que su ausencia tan repentina y ya tan definida, adquiere un sentido que a todos nos sobrepesa. Pocas veces tan literalmente hemos de comprender y aquilatar el significado de una tan sensible pérdida. Que Ayestarán ya no esté entre nosotros, alcanza términos aflictivos para todos los músicos uruguayos.

Cabe también hacer mención muy especial —a propósito de esta eminente figura— en lo que se refiere a su gran capacidad de pedagogo. La precisión didáctica de que hacía gala, en clases, ya fueran prácticas, ya fueran expositivas, poseía la virtud mágica de una absoluta claridad de concepto. Una línea de proyección siempre nítida y lógica, presidía en cualquiera de sus disertaciones, y en tal sentido es que se destacaron notablemente sus intervenciones, por todos admiradas, en un reciente Seminario sobre Antropología Cultural que tuvo lugar en el ámbito de la Asamblea General del Claustro Universitario.

En dicho evento que tuvimos el honor de convocar en virtud de nuestro cargo de Presidente del magno organismo deliberativo de nuestra Universidad, se reunieron especialistas de varias ramas de la citada disciplina para plantearse una comparación fenomenológica de las materias y la problemática de su intercomunicación. Ayestarán demostró en tal oportunidad que a su formación de historiador, la práctica de investigaciones de campo había agregado una calidad concreta de antropólogo, en cuyo carácter constitutivo el sucesivo transcurso de modalidades vinculatorias se realiza con rigor propio en la efectiva incorporación de experiencias de cuño funcio-

nal. No otra cosa, en cuanto a la existencia del hombre, se ha comprendido siempre como el necesario terreno de la Antropología Cultural, y en Lauro Ayestarán la intuición inmediata de cada fenómeno se internaba en el caudal propio de cada enigma con una seguridad metódica siempre ejemplar.

Corresponde también consignar en estas breves líneas, que el nombre y el prestigio de Lautaro Ayestarán, no solamente se reducían al círculo de nuestro continente. La musicología europea lo reconoce como el descubridor del último período de Doménico Zipoli, y en tal sentido se le destaca en las más importantes publicaciones del viejo mundo. Los institutos de investigación musical más encumbrados de Italia y de España, le solicitaron colaboraciones y trabajos que fueron publicados con todos los honores. Sus obras figuran en las más importantes de las Bibliotecas de todos los países, y es frecuente recibir pedidos insistentes que las solicitan desde todos los Centros.

A esto y aún a modo de un simple paréntesis, corresponderá recordar de este hombre, su permanente actitud generosa hacia todos los que se le acercaban. En su alma alentaba siempre el sentimiento de lo justo y lo transmitía con sobriedad. La doctrina del amor al prójimo, se identificaba en él, con una imperiosa necesidad de ser siempre útil. Prometía sólo lo que podía cumplir, y lo cumplía cabalmente. En su hogar, que a fuerza de cerca de treinta años de intenso trabajo y dedicación, había transformado en un verdadero templo de la musicología —su biblioteca especializada no tiene parangón en el país— atendía con el más amplio espíritu de cooperación a todos sus discípulos, que requerían la orientación de su gran saber, y también a todo aquel que necesitaba sus indicaciones relativas al acervo folklórico nacional, o aún la bibliografía para poder comprender y realizar un trabajo determinado.

Esta condición ética inherente siempre, con manifiesta proeminencia, a las personalidades singulares, se revelaba en Ayestarán como absolutamente implícita en su modo de encarar la vida, con actitud fecunda aceptando la cuota de sacrificio que tanto estamos obligados a brindar a todo lo prójimo, en una equivalencia de dádivas que también recibimos, tantas veces desde lo más ajeno y a nosotros extraño en la conciliación de los valores que a todos nos sostienen. En semejante afirmación instituida en la manera de ser de este hombre noble, aquellos que lo han conocido pudieron entender también cuán pulcramente a todos nos dotaba de un sentimiento de augusta equidad, como si una ley natural en la legitimidad de todas sus intancias, le hubiera concedido además del privilegio del saber también el de ensanchar ámbitos de bondad en torno suyo. Fue así su vida un designio claro y límpido, esencialmente trascendente en la homogeneidad de todos los principios tácitos operantes tanto en la dinámica de su pensamiento científico como en las motivaciones que apoyaron su pleno vivir. No prescindió nunca de los enfoques cardinales en cuanto a sembrar el bien y cabalmente apreciar todo lo que significara gestación fértil de conceptos de superación, evitando siempre con un cuidado timorato el llegar a herir aunque solo fuera inadvertidamente a

aquellos que tantas veces en la irracionalidad de un transitorio instante pueden dejar fluir alguna gratuita ofensa que tan pronto siempre olvidamos comprometidos como siempre estamos con todo lo que es acción humana en la porfía del crear y existir.

Mucho es también lo que le debe el desarrollo de la enseñanza musical en nuestro país. De no haber existido un Lauro Ayestarán, tal vez no se hubiera organizado, y mucho menos consolidado, la Licenciatura de Musicología que hoy cumple una misión de real importancia en nuestra Facultad de Humanidades y Ciencias. Fue sobre sus hombros que en gran parte descansó la creación del Conservatorio Nacional, organismo prestigioso que lo tuvo en su personal docente. Muchas de otras realizaciones, ya sea en la enseñanza musical que se cumple en la Escuela Primaria, como también en los Liceos de todo el país, llevan igualmente la impronta de un Lauro Ayestarán. Se trata de aspectos menos conocidos de su gran labor, pero reflejan la fe de este hombre creado para construir, y que tan a manos llenas siempre construyó. Su último trabajo en tal sentido fue la delineación de la estructura del Departamento de Investigación Musical de la Facultad de Humanidades y Ciencias, Departamento que funciona en la sala que lleva el nombre de Lauro Ayestarán puesto que honrar así su memoria, también significa que ahí, en el recinto de un trabajo cotidiano, estará presente el ejemplo de su vida dedicada al conocimiento y a la investigación, siempre válido para todos los que allí estudien y adquieran sus conocimientos.

Muchos otros van a ser los actos recordatorios que va a recibir la memoria de Lauro Ayestarán en nuestro país. El recuerdo de este hombre excepcional, será fértil en el seno de una juventud que aspire a conocer su propio país, como él tan tesoneramente lo quiso. Su legado es un bien que certeramente fecundará y orientará a muchas generaciones en nuestro devenir. Sus obras y recolecciones —para todo el transcurso de nuestro sentimiento nacional— han de proporcionarnos múltiples concordancias y relaciones originarias, de un amplio sentir de nuestro pueblo, literalmente prefijado por un santo varón que supo excursionar por nuestro pasado para darnos una firme base de introspección que nos guía en todas nuestras interrogantes y por ende nos ayude a captar alguna parcela de la verdad implícita en todo nuestro transitar de hombres que construyen culturas por doquier y dialogan siempre con todo lo válido e intrínseco en la autenticidad del existir. A Lauro Ayestarán nuestro homenaje y también nuestra gratitud. Que todo lo decisivo y profundo de su pensamiento viva y floresca para un mayor beneficio en el cauce vital de nuestras contingencias y revelaciones.